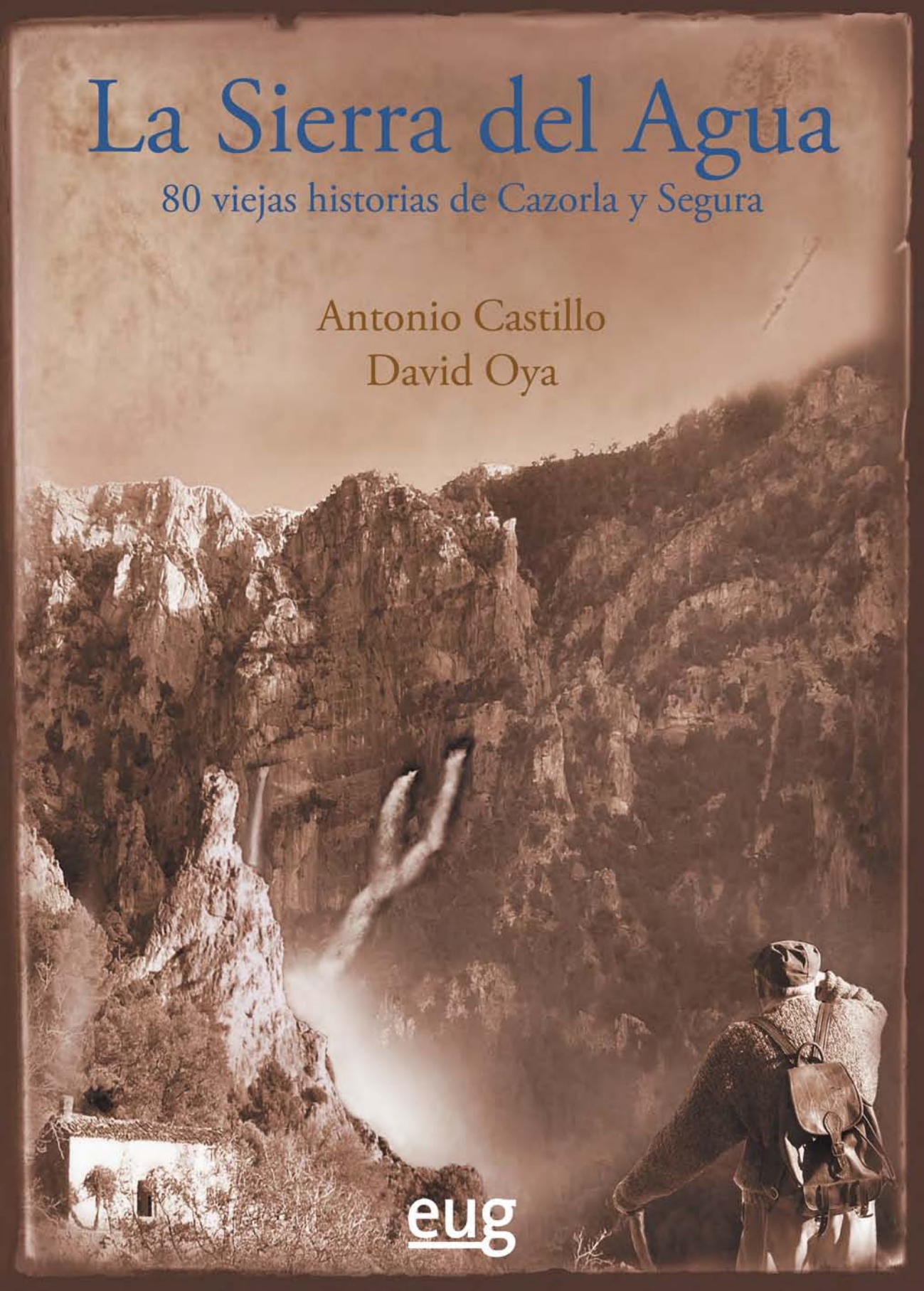


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Un milagro en la fuente del Puntal, junto a la ermita de las Santas"

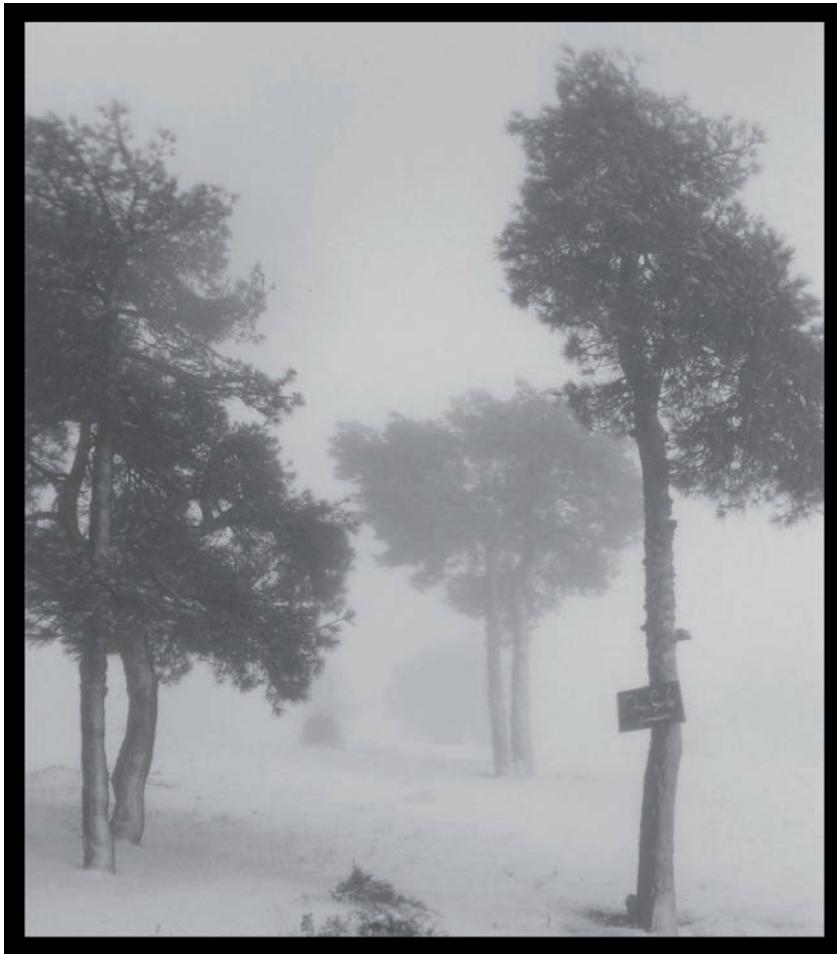
En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 336-339



76. Un milagro en la fuente del Puntal, junto a la ermita de las Santas

Por Antonio Castillo (con textos de Juan Luis González-Ripoll)



Cerca del Yelmo, en la sierra de Segura. Un extravío en una tarde de nieve y nieblas invernales es una combinación fatal, salvo que alguna señal o elemento característico del paisaje nos permita orientarnos, como le ocurrió en este relato al Tío Lucio Albarcas a principios del siglo XX (foto procedencia José Gómez)

HASTA LOS AÑOS 50 del siglo pasado la Sierra estaba muy poblada y los desplazamientos a pie, en cualquier circunstancia meteorológica, eran cotidianos. De este modo, cuando se metían temporales, nevadas, ventiscas y nieblas pillaban a bastantes personas con sus ganados o en sus quehaceres en abierto y lejos de poblado. Y así fueron muchos los que, aún conociendo a la perfección el terreno donde se habían criado, se perdieron, e incluso perecieron de frío, despeñados o «alobados».

El presente relato cuenta una de esas pérdidas, singular por cómo acabó, de las que tuvieron que darse con bastante frecuencia en la Sierra. Sobre todo en calares, parameras y campos de dolinas (como en los extensos Campos de Hernán Pelea), sin apenas referencias por las que guiarse. En ese caso fue un extravío por niebla, casi inevitable al darse sobre nevado. Aquí se cuenta cómo uno de aquellos perdidos pudo salvarse de perecer de frío al reconocer su posición por una fuente con la que se topó por casualidad. ¿O fue por la intercesión de unas Santas? Pero no adelantemos acontecimientos.

A las faldas del pico de la Sagra, en las estribaciones granadinas de las sierras de Cazorla y Segura, se eleva una pequeña ermita en honor de las Santas Alodía y Nunilón, patronas de Huéscar y de la Puebla de Don Fadrique. Según cuenta la tradición, fueron decapitadas el 22 de octubre del año 851 por no renunciar al cristianismo en época musulmana. Tras arrojar sus cuerpos al campo, las aves rapaces no las tocaron y de noche se vieron destellos luminosos en el lugar. Aunque los hechos ocurrieron en Alquézar (Huésca), la devoción de las Santas llegó a tierras granadinas de la mano del conde navarro de Lerín en la época de los Reyes Católicos, una vez conquistada la ciudad de Huéscar.

Hacia 1777 se levantó finalmente el santuario, dependiente de la Iglesia de Toledo, donde hoy lo conocemos, en mitad del monte y junto a varias fuentes que manan caudales modestos. Desde entonces, la devoción fue en aumento, en especial entre las humildes gentes del lugar, muchas de las cuales pasaban cerca con sus ganados o en su trasiego diario. Adyacente al santuario, llegó a existir un pequeño cementerio, hoy en ruinas. También se ofrecían misas y los santos sacramentos los días

festivos para servicio de las muchas personas que entonces vivían en los alrededores.

Todo ello daba al lugar cierto aire de misticismo y recogimiento, acrecentado por el aislamiento y habitual soledad del lugar. Han sido muchos los testimonios de intercesiones, favores y ayudas que las Santas han profesado a sus fieles a lo largo de los tiempos. Una de ellas, es la que le sucedió al Tío Lucio Albarcas en la fuente del Puntal de las Santas, según recogió González-Ripoll en su libro *Narraciones de caza mayor en Cazorla* de boca de Julián «el Gazpacho», vecino de la Puebla de Don Fadrique:

«Un año de aquellos (se refiere a la primera década del siglo XX) vinieron unas nevadas tardías, ya entrado el mes de abril, y se selló la tierra de nieve. Un ganadero de la Puebla de Don Fadrique, que se llamaba el tío Lucio Albarcas, tenía un averío de cerca de treinta vacas tiradas al monte en un sitio que le dicen las Cuevas de la Cadena...Para no perder tiempo, vio la coyuntura de sacar las vacas del monte...y fue a por ellas. Salió bien temprano de la Puebla y enfiló a las Cuevas de la Cadena,...era terreno que él conocía muy bien, que se había criado allí.

»Llegó el viejo donde estaban las vacas,...y las juntó y las contó y empezó a carearlas para la Puebla. Pero en estas empezó a subir de la umbría una neblina espesa y los envolvió y el hombre erró el camino....Era ya medio día y había cruzado, sin saber por donde iba, el Pinar de la Vidriera...Andando, andando, sube el Puerto del Pinar, y las vacas cada vez mas remisas, como si llevaran plomo en las pezuñas, y él riscazo va y riscazo viene y el averío adelante.

»Ya yéndose el día, con las luces últimas...escucha a lo lejos el tañido de una campana. Ea, ya estoy llegando –piensa–, ésta es la campana de la parroquia...Pero la parroquia que él pensaba que estaba allí al lado en realidad estaba lo menos a 15 kilómetros, y la noche encima. Creía que había llegado al filo de las salitreras, en las afueras de la Puebla, y donde estaba verdaderamente era en la fuente

del Puntal, y, ya oscuro, cuando tocó con las manos en la fuente, fue cuando cayó en la cuenta de que iba perdido.

»¡Si estoy en la fuente del Puntal! ¡María Santísima! Con razón rebordeaban las vacas. Y esa campana que sonaba no es de la parroquia, sino las Santas Benditas que me estaban avisando.

»Para confirmar lo que pensaba volvió a sonar la campana y las vacas...como si les hubiera entrado la cuca soltaron un bufido y rompieron a correr con los rabos engarabitados...Echa a correr el viejo detrás de ellas y al volcar una loma ve traslucirse una pared de cal, y se encuentra a las vacas paradas a la puerta de la ermita de las Santas. Allí no se veía un alma: soplabá un poco de aire y la campana se movía sola...¡La Virgen Santa! –exclamó–. Esto es un milagro de las Santas Benditas...Si me anochece en el monte, esta noche me hubiera helado.... Por Huesca, de Aragón, hay también otras santas que dicen que son las legítimas, pero éstas de la Sagra son muy milagrosas y la gente les tiene mucha voluntad. Y ellas debieron ser las que hicieron sonar la campana llamando al tío Lucio cuando iba perdido en la niebla.

»Allí pasó la noche, y, al venir el día, se despertó al oír la campana, y al abrir los ojos vio a don Florián, el cura de Almaciles, que estaba al pie del altar poniéndose la casucha para decir misa».

Extracto reproducido de Juan Luis González-Ripoll, *Narraciones de caza mayor en Ca-zorla*, 1985

*Ya no nieva igual que antes.
En el Collado de las Aguzaderas, se heló un quinto que venía de ver la novia.
Al sentirse perdió...se quedó arreció como un pájaro, sin fuerzas pa seguir.
Y así se lo encontraron, cubierto por la nieve.
Dicen que la madre salió loca, la pobrecilla*

JOSÉ CUENCA, *La Sierra Caliente*, 2003

